

El Pavarro continuó leyendo la lista, figurándose que entendía alguna palabra que otra, pero sin atreverse á comunicar sus figuraciones al Presidente después de la equivocación pasada, hasta que un poco más abajo de la mitad se encontró con una palabra que le hizo exclamar todo alarmado:

—¡A Dios!... ¡Quonian!...

—¿Qué le pasa á usted?—le preguntó su vecino.

—¡Reconian! ¿Sabe usted que nos va á marear hoy el Obispo?

—¿Por qué, hombre?

—Porque tenemos otro *Asperges* á media comida...

—¡Ca! ¿Qué me cuenta usted?...

—Lo que usted oye... Mire usted... Esto bien se entiende... ¿No dice usted que este es el programa? Pues mírelo usted aquí bien claro: *Asperges*... ¡Quonian! ¡Quonian! ¡Como sea tan largo como el primerol!...

Y el Presidente de la Diputación, sin poder apenas contener la risa, tuvo que explicar al diputado rural que aquel *Asperges* que allí leía no era una nueva bendición, sino un plato de espárragos.

## LOS MAIMONES

Cuando yo conocí á Juan *Galán* podía tener unos diez y ocho años, y era bajito de estatura, regordete y bastante feo; casi demasiado.

Le hacían mucha burla los otros mozalbetes, que sabían de memoria una especie de filiación ó reseña de Juan, en aleluyas de varias dimensiones, por este estilo:

Sus señas particulares  
son un papo y tres lunares;

El pelo ensortijado,  
de liendres empedrado,

Color de aceituna,  
vergüenza ninguna, etc.

El mote de *Galán* creo que se le había puesto su madre, sin querer, naturalmente.

La pobre mujer, á quien, como á todas las madres, parecía su hijo hermoso como un

sol, acostumbraba á llamarle *galán* á cada paso, cuando era niño.

—¡Juan! Ven acá, galán... Haz *esto*, galán... Haz *lo otro*, galán...

Y como precisamente al pobre Juan le sentaba muy mal el epíteto, á la gente del pueblo la hizo gracia y le confirmó con él para toda la vida.

Juan Galán salió con afición á la música, y aprendió á tocar una chifla del sistema primitivo, algo parecida á una dulzaina. Sólo que aprendió á tocarla mal, y siempre la tocó lo mismo. Aparte de que el sonido de la chifla era de suyo bastante desagradable.

Juan se empeñaba, sin embargo, en acompañar con ella á los mozos todas las noches que cantaban la ronda, no sin que protestara siempre Manolín, el mozo viejo que tocaba el tambor, quejándose de que Juan con la chifla le hacía perderse.

—En cuanto se pone á mi lado ese demonio de ese disonante, decía Manolín, y comienza á hacer el *flú, flú*, ya no sé por dónde ando.

Los demás mozos, fuera de Manolín, toleraban á Juan Galán porque les divertía mucho con sus cosas.

Cada noche inventaban un juego nuevo en el que Juan fuera el pagano, y al día siguiente contaban las inocentadas de Juan,

ponderando lo mucho que se habían reído á su cuenta.

La dueña de las ovejas que guardaba Juan, que por entonces era pastor, le convenía de cuando en cuando compadecida de su simpleza.

—No vayas á cantar la ronda con los mozos, Juan, no vayas—le decía.—¿No ves que hacen diabluras contigo, y siempre se ríen de tí?... ¡Cuánto mejor estás en casa!

—¡Quiá! No, señora—la contestaba Juan:—déjeles usted que se ríen... Ellos se ríen de mí, y yo me río de ellos... Así se divierte la gente.

Nada. No había manera de sacarle de esta conformidad desastrosa.

Una noche discurrían los mozos, para divertirse con Juan, ponerse á jugar en medio de la plaza á *Cierros*, que es un juego parecido al de la gallina ciega, donde la mayor dificultad no consiste para el vendado en coger á uno de los que andan alrededor y le dan cachetes y empujones, sino en acertar á decir quién es el que tiene cogido.

—*Cierro* tengo,—dice el vendado cuando ha logrado sujetar á uno de los que juegan.

—¿Quién es?—le preguntan en seguida.

—Fulano,—contesta él.

—¡Cebada!—le responden si no acierta; y tiene que seguir vendado.

Si acierta á decir el nombre del preso, le responde el coro: «¡Que lo pague!» y entonces se quita la venda para que se la ponga el cogido.

Excusado es decir que Juan no acertaba casi nunca.

Si por casualidad acertaba una vez y se veía libre, como llevaba zamarra, y era el único que la llevaba, en cuanto el nuevamente vendado le palpaba la lana conocía que era él, decía su nombre, y tenía Juan que volver á vendarse; con lo cual seguían dándole *cebada* y hundiéndole á golpes.

Habiendo llegado á entender que le conocían por la zamarra, discurrió quitársela.

Pero el infeliz se quedó en mangas de camisa, cuando los otros tenían chaqueta, y le conocían lo mismo...

Otra noche discurrían jugar á la *zapata*...

—A ver quién se pone en el corro—decía uno:—si no hay quien se preste voluntario, hay que echar suertes...

—Que se ponga Juan,—decía otro...

Y en efecto: Juan se prestaba voluntario, se sentaban en corro cubriéndose las piernas con una manta, y ¡corra la zapata, corral y la zapata corria sin cesar sin que Juan lograra cogerla en manos de nadie, y toda la noche estaba en medio llevando zapatazos en las costillas.

Otra noche discurrían jugar al *moscardón*, y... lo mismo. Juan Galán era el que estaba siempre en medio para que le volvieran loco á guantadas.

Pues una noche estando en la hila le propusieron otros mozos si quería ir con ellos á *maimones*.

—¿Qué son maimones?—preguntó Juan ingenuamente.

—¡Ja, ja, ja, ja!...

—Pero ¿no sabes qué son maimones?

—Pero ¿nunca has visto los maimones?

—Pero ¿no has ido nunca á maimones?

—Pero ¿dónde te has criado que no conoces los maimones?

La carcajada general y la lluvia de preguntas que siguieron á la suya, convencieron á Juan Galán de que los maimones debían de ser muy conocidos y de que, por consiguiente, no le convenía confesar su ignorancia, sino por el contrario, aparentar que estaba al tanto de todo y que sólo en broma había hecho la primera pregunta.

—¿Pues no he de saber yo lo que son maimones?—repuso Juan.—¡Bueno, bueno!... Lo sé de sobra...

—Entonces ¿para qué preguntabas lo que eran?

—¡Toma! porque en algo se ha de divertir uno.

—Bueno; y ¿te atreves á ir á ellos, ó no?

—¿Cuándo he dicho yo que no á nada?... Por mí, ya estamos andando...

—No van á salir esta noche los maimones—dijo siguiendo la broma uno de los ancianos de la hila,—porque es ya muy tarde.

—Sí salen, sí—le contestó un mozo:—todavía salen, y habiendo como hay un poco de nieve, mejor.

—Harto será que salgan—añadió una hiladora...—y lo que vais á coger será buen frío en el soto, porque siempre á las orillas del río corre una bufina...

—El frío es lo que menos importa,—dijo Juan Galán, siempre animoso para todo.

—Así es—dijo uno de los expedicionarios;—y especialmente á tí, si vas decidido á traer uno, poco te puede importar el frío, porque ya entrarás en calor.

—Denos usted dos ó tres costales,—dijo otro, dirigiéndose al ama de la casa.

—Bastante será uno,—replicó ella.

—No, no: denos usted dos ó tres—insistió el que pedía;—porque podremos acaso coger más de un bicho... y de todos modos más vale que sobren que no que falten.

Con todas estas cosas, combinadas allá á su manera en su angosto caletre, Juan Galán, que nunca hasta entonces había oído hablar de maimones, se iba figurando que se trataba de caza ó de pesca; es decir, que

los maimones debían de ser algunos animaluchos residentes en el río ó en sus orillas, y no se veía en horas de marchar para ver si lograba coger alguno.

En cuanto el ama de la casa trajo los costales, salió de la cocina la expedición, compuesta de siete ú ocho individuos.

—Hasta luego,—dijeron los que se iban.

—¡Que os pinte bien!—dijeron con aparente formalidad los que se quedaban.

Cuando los cazadores ó pescadores, pues Juan no sabía todavía lo que eran, llegaron al soto, el que dirigía la operación cogió á uno de sus compañeros y le dijo:

—Quédate aquí, que éste es buen sitio, y no te muevas hasta que te llamen. Y si sale alguno, dale un buen palo, á ver si le ataravinas. Si te ves apurado, llamas.

Veinte pasos más adelante cogió á otro compañero y le dijo lo mismo.

Y otros veinte pasos más allá, ya cerca de la orilla del río, entre unas salgueras, cogió á Juan Galán y le dijo otro tanto...

Por supuesto, que los dos primeros destacados, como conocían perfectamente la broma, en cuanto se quedaron solos echaron á andar para casa tranquilamente, y poco después de haber vuelto á entrar en la hila, entró también el resto de la cuadrilla, menos Juan Galán, que era el único que se había quedado de centinela en medio del soto.

Después de muy reído el caso se pusieron á jugar á la brisca, y llevaban ya jugados tres ó cuatro partidos, cuando el ama de la casa, compadecida del pobre Juan Galán, les dijo:

—¡Vamos, vamos! Dejad ya eso y volved por aquel pobre muchacho, que se estará helando de frío.

—¡Ca! No lo crea usted—la contestó uno.—Estará en sus glorias, esperando los maimones.

—¡Andad, andad—insistió ella,—que para broma ya es buena!

—Pues vamos allá,—dijeron ellos.

Y encaminándose silenciosos á la orilla del río, teniendo cuidado de no pasar por donde estaba Juan Galán, metieron en uno de los costales una piedra enorme que lo menos pesaría ocho arrobas, y después de bien atada la boca del costal, empezaron á gritar con alborozo:

—¡Luis! ¡Juan! ¡Quico! ¡Pepe! ¡Acá, acá, que ya cayó uno!

Juan Galán llegó de cuatro saltos á donde oía las voces, y se encontró con sus compañeros que aparentaban grande regocijo.

—Tardaron en salir—decían;—pero al cabo salió uno bueno...

—¿Es muy grande?—preguntaba alguno de los últimamente llegados.

—No, muy grande no es; pero está muy gordo,—le contestaban.

—Pesa como un pecado mortal,—añadía otro sopesándole.

Juan manifestó deseo de verle; pero le pusieron por delante el peligro de que se escapara si se abría el costal, porque no estaba muerto, sino solamente <sup>atontucado</sup>.

—Lo que has de hacer es cargar con él cuanto antes—le dijo el director de la operación;—ya que no le cogiste, llévale.

Y el pobre Juan Galán, ayudándole los demás á echarle al hombro, cargó con el costal y echó á andar, llegando medio reventado á la cocina.

Entrar en ella y comenzar á llover preguntas zumbonas y burlescas sobre Juan, todo fué uno.

—¿Qué tal, Juan?... ¿Se te hacía el tiempo largo?—le decía una mujer con aparente benevolencia.

—¿Pesa mucho?—le preguntaba otra.

—Pocos habrás visto más grandes, ¿eh?—le decía la de más allá.

Juan contestaba á todos muy complaciente y muy complacido, considerándose el héroe de la fiesta.

Mas allá, en su interior, le devoraba la curiosidad de ver el maimón y de saber qué clase de bicho podía ser aquél que siendo tan pequeño pesaba tanto.

—Vamos, ahora prepárate á matarle si te sientes con valor para ello,—le dijo el mozo que había dirigido la cazata, entregándole al mismo tiempo un hacha de cota.

—No tengas miedo—le dijo otro, queriendo meterle en aprensión: —si tienes miedo dame á mí el hacha.

—No, Juan no es miedoso,—replicó el primero animándole, y añadiendo:

—Has de estar con mucho cuidado para darle un buen golpe en cuanto asome la cabeza... Pero no le has de dar con el corte, porque tienen el pellejo muy duro y no les entra el hacha: dale con la cota tras de una oreja, que es la manera de que no vuelva á rebullir ni poco ni mucho.

Juan Galán cogió el hacha, la levantó en actitud formidable, y clavó los ojos en el bulto con gran fijeza.

Un mozo cogió el costal por los cornijales y empezó á tirar de él poco á poco para que el maimón se fuese corriendo hacia la boca.

Cuando ya estaba cerca, y mientras todos encargaban á Juan mucho cuidado de no dejar escapar el bicho, el del costal tiró de pronto, y dejó al descubierto en medio de la cocina un descomunal canto rialengo, sobre el cual descargó Juan con todas sus fuerzas un enorme martillazo con la cota del hacha, no sin que le mancara los dedos

el astil por la repercusión del golpe dado tan en duro.

La risa estrepitosa que soltaron todos al sonar el martillazo no fué bastante para sacar de su error á Juan Galán, que se disponía á segundar, y lo hubiera hecho con más fuerza si no le quitan de la mano el instrumento.

No le cabía á él en la cabeza que aquello que tanto trabajo le había costado traer desde la orilla del río no fuera en realidad un animalucho. Estaba viendo la piedra, y todavía le parecía que iba á echar á correr y á escaparse.

—Pero, tonto, ¿no ves que es un canto? —le dijo por fin el ama de casa pudiendo con trabajo hacer oír su voz entre las carcajadas de los demás.

Entonces Juan se rió también como todos, y poco después repetía muy conforme:

—Así se divierte la gente.